



PALABRA, IMAGEN E IMAGINARIO

Carmen Balart Carmona
Decana

En el día de hoy, 18 de octubre de 2006, estamos dando inicio al Noveno Congreso Internacional de Humanidades, que este año versa sobre un tema que, para nosotros, adquiere una importancia fundamental: el lenguaje, la literatura, la cultura, la educación, en sus imágenes o en su imaginario.

A modo de introducción, permítanme algunas reflexiones sobre el eje del Congreso: palabra, imaginación, imagen, imaginario.

Un breve poema otomí dice:

“El río pasa, pasa,
y nunca cesa.
El viento pasa, pasa
y nunca cesa.
La vida pasa:
nunca regresa.”

El hombre, ser de tiempo, eterniza el instante, haciéndolo palabra. De este modo, le corresponde hacer vivir, habitar, a través del lenguaje, el universo –río, viento– que está en el movimiento permanente, en el cambio perpetuo. Precisamente, el hombre con la vida que pasa, mas no regresa, sino cesa, prematuramente, en la hosca y brusca muerte, debe darle un sentido a este mundo natural, volverlo a generar mediante la palabra, expresarlo y comunicarlo, crear un cosmos, detener el movimiento y hacerlo espacio: el espacio de la conciencia humana que se refleja en el ámbito de la cultura que forja el hombre, que es la creación humana por excelencia. No obstante, a veces, la palabra, más que descubridora, es encubridora.

A través de la palabra, el hombre, desde tiempos primordiales, ha creado nuevas realidades; y, de esta forma, por medio del nombre, ha intentado humanizar su entorno natural; es decir, darle una interpretación humana nacida desde su imaginación y recreada en y por el lenguaje.

Pero, este proceso creativo no queda allí como un resultado definitivo y estático; es un proceso dinámico y evoluciona creadoramente en el tiempo, según las nuevas generaciones y las nuevas necesidades de los seres humanos. La inquietud intelectual unida a la imaginación constituyen los mecanismos que conducen a la creación de mundos imaginarios, fantásticos, mágicos, dándolos a conocer mediante imágenes y construyendo, así, el acervo del imaginario.

La imagen surge de la necesidad del hombre por encontrar una respuesta a la interrogante o duda de su destino. Entonces, detrás de todo texto literario, hay un pensamiento, una idea, una intencionalidad creadora, que ordena y reordena el mundo de acuerdo al sentir, imaginar, desear y querer del autor.

El hombre está dotado de sentidos que le permiten percibir elementos del entorno y percibirse a sí mismo. Desde los tiempos más remotos, el ser humano ha necesitado comunicar la imagen, idea, visión de sí mismo y del mundo que lo rodea, a través de su decir y de su hacer; y, también, ha necesitado comunicar sus imágenes que le permiten tanto la creación de una memoria colectiva como la identificación cultural. El conjunto de imágenes constituye el imaginario de una cultura, de una tradición.

El imaginario no es personal, sino que es de sello colectivo y, por ende, refleja el modo de pensar de una época. Por ello, el imaginario, que es la representación simbólica de la realidad, implica una posibilidad para poder *penetrar* y *entender* el mundo en que vivimos y *acceder* a la memoria colectiva.

En la actualidad, estamos inmersos en un mundo de imágenes. Nuestra compañía casi permanente son las imágenes: televisivas, fotográficas, señales publicitarias, indicios camineros. ¿Estamos evolucionando del *homo sapiens* al *homo videns*?

Si estuviéramos analizando uno de los imaginarios hispanoamericanos del siglo XIX, nos encontraríamos con el imaginario de civilización versus barbarie. Ya ubicados en el siglo XIX, ante el *hispanoamericano independiente* se abría expectante un espacio que inventar: el de la *propia historia*, el de la ciudad independiente, republicana y democrática, el de la civilización, una vez trascendido el rigor de la guerra. En el espacio del Nuevo Mundo confluyeron, por ese entonces, *dos cosmovisiones*: una representada por el hombre de campo, rústico e ignorante, enfrentado al hombre de ciudad, al civilizado, de educación europea.

La *civilización* estaba simbolizada en la *ciudad*, el *centro*, que representaba la *modernidad*:

“La ciudad es el centro de la civilización; allí están los talleres de las artes, [...] las escuelas y colegios [...] Allí están las leyes, las ideas de progreso, los medios de instrucción [...]”

La *barbarie* estaba encarnada en el *campo*, el *entorno*, la *periferia*, el *pasado*:

“ningún signo europeo puede presentarse impunemente en la campaña”; pues “todo lo que hay de civilizado en la ciudad, está bloqueado allí [...]” (Sarmiento, Domingo Faustino, Facundo, 1961, p.65).

De este modo, se establecieron dos paralelismos imaginarios antitéticos: el *imaginario de la ciudad prometeica*, el *espacio de la civilización*, sinónimo de progreso, educación, vida social, orden lógico y legal, urbanización, cultura, industria. En síntesis, el imaginario de la modernidad, encarnada en la ciudad civilizada y progresista, a imitación de Europa.

En oposición, surgió el *imaginario del campo*, que simbolizaba la *barbarie*, el pasado, el retraso, la ignorancia, el despoblado, el aislamiento, la incultura, el caudillismo, “*el predominio de la fuerza brutal, la preponderancia del más fuerte, la autoridad sin límites*”. En fin, el imaginario de la antimodernidad, la anticultura.

Paradojalmente, en el momento de la Independencia, al declararnos libres, no hacemos sino cubrirnos con velos europeos y, así, no se devela la esencia del ser americano. Como consecuencia, civilización y barbarie, ciudad y campo, son oposiciones que, en el siglo

XIX, encubren el ser hispanoamericano y generan, mediante el lenguaje, todo un mundo visual de imágenes, que develan simbólicamente el imaginario de una época y de una cultura.

En nuestra compleja sociedad contemporánea, debemos convertirnos en observadores de nuestra cultura, con el fin de atrevernos a reconocer lo que, por esencia, nos distingue, lo que constituye nuestra identidad cultural, lo que nos destaca en cuanto tal. Esto es bastante difícil; pues estamos inmersos en una sociedad de gran complejidad –somos millones de personas viviendo en una macrociudad– pero, ya no es posible volver a la simplificación original, no hay vuelta atrás.

Por la misma complejidad de la sociedad contemporánea, no se puede ser un observador externo; ahora, el que observa tiene que instalarse dentro de un contexto social, dentro de su entorno. En este espacio, nos movemos entre *la suposición* y *la confianza*. Por ejemplo, al viajar en tren o en avión, suponemos que alguien lo conduce y confiamos en ello. Es, por tanto, un mundo de suposiciones y de confianzas que requiere de nuestra creatividad personal y social. Y aquí surge la experiencia simbólica del imaginario, que tiende a la recuperación de lo que no se ve, mas se supone y se imagina.

En el mundo contemporáneo, lo imaginario se orienta a crear el puente entre *realidad* y *posibilidad*. Realidad es lo que se ve, la señal, lo indicado; posibilidad, lo que se imagina, se crea, se construye y representa, no de forma directa, sino, simbólicamente, a través del lenguaje. Es decir, el imaginario establece un vínculo entre realidad e imagen, entre el presente y el futuro, entre lo que se supone y lo que se anticipa.

Cerremos nuestras palabras con un verso de Pablo Neruda: “*América, no invoco tu nombre en vano.*” (*Obras completas*, 1962, p. 490)

Muchas gracias por la atención brindada a mis palabras. Damos por inaugurado nuestro noveno Congreso Internacional de Humanidades.